



# LOS HÉROES ZANCUDOS DE ANGUIANO

**TEXTO:** Andrés García de la Riva

**FOTOGRAFÍAS:** Óscar Solorzano

Desde hace más de 400 años, Anguiano acoge una de las tradiciones más llamativas de La Rioja. La Danza de los Zancos convoca en esta localidad a cientos de visitantes atraídos por un espectáculo protagonizado por ocho jóvenes que descienden una pronunciada cuesta mientras giran sin cesar sobre unos zancos de 50 centímetros.



Tras el descenso, y ya sin zancos, la danza termina con los troqueaos.



Los balcones rebosan actividad, donde vecinos e invitados departen animados. A pie de calle, una multitud se agolpa en la plaza del Ayuntamiento en torno a la embocadura de una empinada calle, estrecha y empedrada, recorrida por dos hileras de personas que permanecen impacientes para asistir a un momento irrepetible. Mayores y jóvenes, lugareños y turistas,

y hasta unos cuantos extranjeros, se mezclan a lo largo de un recorrido que comienza en la plaza de la Obra, frente a la iglesia parroquial de San Andrés. Estamos en Anguiano, en un tórrido 22 de julio, festividad de Santa María Magdalena, patrona de una localidad célebre por sus sabrosas alubias pintas, conocidas como caparrones, y por atesorar una llamativa manifestación folclórica cuyo origen se pierde en el tiempo y que despierta el interés dentro y fuera de nuestras fronteras. Cada verano, la Danza de los Zancos congrega a cientos de personas que visitan este municipio para participar en una tradición que permanece inalterable con el paso de los años pero siempre resulta imprevisible. Conocido como “puerta de las Siete Villas”, Anguiano está situado en La Rioja Alta, al pie de la Sierra de la Demanda. Se enmarca en un paraje escarpado, entre imponentes peñas, por donde discurre el río Najerilla. Como ocurrió en toda la comarca durante el siglo XX, esta villa sufrió el éxodo rural y pasó de tener más de 1.000 habitantes censados en los años setenta a poco más de 500 en la actualidad. Muchos de sus descendientes conservan aquí su segunda residencia y regresan fines de semana y vacaciones. Anguiano conserva un buen número de casonas con escudos heráldicos entre sus estrechas calles y empinadas cuestas. También es conocido por tener tres puentes, tres barrios –Mediavilla, Eras y Cuevas– y, según dicen, tres tipos de gente: “unos ladran, otros muerden y a los otros, ni su madre les entiende”.

Tras el pasacalles de rigor a primera hora de la mañana, la procesión ha paseado la imagen de la patrona por todo el pueblo antes de regresar

---

Mayores y jóvenes, lugareños y turistas, y hasta unos cuantos extranjeros, se mezclan a lo largo de un recorrido que comienza en la plaza de la Obra.

---



## (6) en portada

a la iglesia. Faltan unos minutos para que el tañido de las campanas anuncie las dos de la tarde. En el interior del templo, la misa está a punto de terminar. Fuera, la excitación se apodera del ambiente, y en el centro de la Obra, ocho mozos esperan nerviosos a que la Santa salga de nuevo al exterior. Son los elegidos para responder a la llamada del rito. Durante los tres días de celebración de las fiestas patronales, ellos son los protagonistas en Anguiano. Su presencia no pasa desapercibida; se elevan del suelo sobre unos zancos de 50 centímetros, portan castañuelas en las manos y visten un peculiar atuendo: borlas, ligas, medias blancas, calzón negro hasta la rodilla, camisa blanca, faja azul, enagua de percal almidonada, saya anaranjada de tela de Damasco, alpargatas de esparto blancas con cintas negras y chaleco tocado con siete bandas horizontales de llamativos colores. Los zancos son siempre de madera de haya de una pieza y su forma es de pirámide invertida de sección oblonga. Se sujetan al tobillo mediante una horquilla y se afianzan con cuerda de cáñamo atada de forma paralela y con doble nudo a la altura de la rodilla. A diferencia de zancos utilizados en otros lugares, como Las Landas, los de Anguiano no se manejan con las manos. Su altura ha crecido con el tiempo, desde los 30 centímetros hasta el medio metro desde la base hasta el apoyo del pie, aunque las fotos antiguas nos muestran unos zancos rebajados por el efecto de la erosión ya que en momentos de escasez se aprovechaban los zancos durante largos periodos de tiempo. Hoy en día, el Ayuntamiento los renueva anualmente ya que cada temporada se desgastan considerablemente, entre seis y ocho



El ritual de preparación culmina en la Obra, donde los mozos son asistidos por antiguos danzadores que les atan los zancos y les ayudan a enfundarse las enaguas y las sayas.

centímetros, Las castañuelas se fabrican a mano con madera de boj.

El ritual ha comenzado, horas antes, al despuntar el día en el domicilio del danzador. Como hace un pelotari con sus manos antes de un partido, el mozo protege con esmero sus pies y se atavía con la indumentaria tradicional, convenientemente lavada y planchada por su madre. Hace unos años, una señora de la villa, Victoria Moreno, se encargaba de po-



ner a punto el vestuario de los danzadores por encargo municipal. Los preparativos se completan en la misma plaza de la Obra, instantes antes de que comience la danza, donde los mozos son asistidos por antiguos danzadores, a menudo sus propios padres, que les atan los zancos y les ayudan a enfundarse las enaguas y las sayas.

Todo está listo para que dé inicio una representación teatral donde Anguiano entero participa, cada uno con su papel. Aunque son ocho jóvenes los que se suben a los zancos, todo el pueblo danza con ellos. Por fin, la Santa sale al exterior. Suena la música. Al

El ritual ha comenzado al despuntar el día en el domicilio del danzador; el mozo protege con esmero sus pies y se atavía con la tradicional indumentaria.

río Najerilla y con un pendiente del 20 por ciento. Los mozos danzan al son del trepidante *Agudo* interpretado por los músicos mientras aguardan su turno para “tirarse la cuesta”. Esta composición musical, machacona y reiterativa, propicia que los danzadores entren en una especie de trance necesario para sobreponerse al miedo. Los ocho valientes llevan todo el año esperando este instante. Y cuando ya no hay marcha atrás posible, los sentimientos se agolpan entremezclados, aunque casi todos coinciden en la sensación de “respeto, pero no miedo”. El más veterano de los danzadores actuales, apodado Pacha, recuerda que “la primera vez que te tiras sientes muchos nervios, te quedas en blanco. Pero no te queda otra y tiras para abajo”. Otro danzador suplente, David Muñoz, el más joven con 18 años, aunque comenzó a los 15, asegura que “sientes un hormigueo por todo el cuerpo”.

La angosta calle se convierte de pronto en una suerte de sistema solar donde ocho planetas giran con un vertiginoso movimiento de rotación y otro de traslación alrededor de la Magdalena, esa estrella de la que emana la energía que mantiene viva esta tradición. El tiempo se detiene; el público suspira. Los danzadores acometen el descenso. Sus giros son frenéticos, su velocidad endiablada. La madera vuela sobre la piedra. Las faldas doradas planean calle abajo. La función de esta prenda trasciende la estética ya que la campana de aire formada bajo su vuelo ayuda a estabilizar a los mozos; el simple roce de su tela con los espectadores podría derribar al danzador. El público, imprescindible para la seguridad de los mozos en el momento de recibirles al final del

El atado seguro de la cuerda de cáñamo es fundamental para garantizar la seguridad.

ritmo de la *tocata* entonada por dos dulzainas y un tamboril, los ocho zancudos inician la danza haciendo sonar sus castañuelas. Uno tras otro, los danzadores giran en el sentido contrario a las agujas del reloj y en dirección a la escalinata que separa la Obra de la calle Alta. Los zancos se deslizan ligeros sobre los peldaños y sus dueños van a parar a los brazos generosos de los espectadores y el personal de seguridad, que forman un colchón humano con el que evitar una violenta colisión. Todos superan la primera prueba con éxito. Y llega el momento decisivo, el descenso de la Cuesta de los Danzadores, un tramo de cuarenta metros recubierto de cantos del



## (8) en portada

Hay en Anguiano quienes aseguran que la bajada de la cuesta no requiere de técnica alguna, que basta con mantener la mirada fija en un punto, la cabeza alta y el cuerpo erguido.

descenso, se convierte en ocasiones en su mayor peligro, cuando el gentío se aproxima en exceso a los zancudos y se estrecha el espacio para maniobrar. La historia aconseja a los danzadores no escorarse a su derecha porque hacerlo a menudo supone terminar en el suelo. Pero a pesar del riesgo evidente que entraña una caída desde lo alto de los zancos, resulta milagroso que no sucedan más accidentes en Anguiano; es como si el aparente caos que

La primera prueba llega con los siete escalones que separan la plaza de la Obra de la calle Alta.



caracteriza a esta danza respondiera al dictado de un misterioso orden interno. Y, salvo alguna fractura de muñeca ocasional, no se recuerda en el pueblo ningún percance de gravedad. La combinación de emoción, riesgo, devoción y belleza escénica envuelve a este rito de una atmósfera digna de celebraciones como los encierros de San Fermín.

A pesar del riesgo que entraña una caída desde lo alto de los zancos, resulta milagroso que no sucedan más accidentes en Anguiano.





Hay en Anguiano quienes aseguran que la bajada de la cuesta no requiere de técnica alguna, que basta con mantener la mirada fija en un punto, la cabeza alta y el cuerpo erguido. Pero son muchos los que defienden que se debe bajar “a pulso”, es decir, siguiendo el ritmo de la música con un golpe simultáneo de castañuela y zanco. En cualquier caso, el simple hecho de sortear con fortuna semejante desnivel sobre unos zancos ya se antoja una hazaña digna e encomio. Mitad derviches sufíes, mitad artistas circenses, los danzadores de Anguiano actúan como Sísifo en la montaña. Cuando llegan al final de la cuesta, ascienden la pendiente solo para

Cuando llegan al final de la cuesta, ascienden la pendiente solo para volver a tirarse no menos de cinco veces.

volver a tirarse no menos de cinco veces. Y así, una y otra vez sin descanso hasta que los músicos, la Santa y el resto de la comitiva alcanzan la plaza. Una vez allí, los mozos se liberan de la madera y acometen la última parte que, no por menos peligrosa, está exenta de complicación. Se trata de los *troqueaos*, danzas que se ejecutan chocando unos palos de madera, obtenidos de varas de avellano, con una compleja coreografía de desplazamientos y cruces entre los danzadores.

La Danza de los Zancos adolece en la actualidad de la ausencia de una figura de importancia capital en esta tradición. Hablamos del cachiberrio, un personaje simpático, con licencia para el descaro, a medio camino entre bufón y autoridad, que, armado con un zurrimoscas, dedica sencillos versos a la Santa y a las fuerzas vivas de la localidad en el momento anterior al inicio de la danza. El cachiberrio, encarnado durante cuarenta años por Pedro Muñoz y desde 1999 por Ramón Serrano, no encuentra hoy en día quien lo interprete.

La Danza se realiza cinco veces durante las fiestas de la Magdalena, el 21, 22 y 23 de julio, y se repite el último fin de semana de septiembre, coincidiendo con la festividad de Acción de Gracias. Ese domingo se celebra una romería para llevar la imagen de la Santa a su ermita, donde pasa el invierno hasta que el domingo anterior a la Ascensión, una nueva romería devuelve la Magdalena a la iglesia de San Andrés.





En ambas ocasiones los danzadores caminan sobre sus zancos de espaldas, sin perder de vista en ningún momento a la Santa.

## ORIGEN DE LA DANZA

El origen de esta danza es incierto. El primer documento que atestigua su existencia está fechado el 30 de mayo de 1603 y ya se refiere a este rito como una tradición que se debe celebrar con “danzas, comedias y lo demás que sea”. A lo largo de la historia, han sido muchas las hipótesis planteadas para explicar su existencia. Comenzando por la ilusa teoría de que procede de la costumbre de los pastores de la zona de usar zancos para vadear los ríos y vigilar el ganado, algo harto improbable teniendo en cuenta la escasa estatura de la madera y la orografía rocosa de la zona. Para la folklorista Lucile Armstrong, la danza responde a un ritual para propiciar los giros del sol en el solsticio de verano. Caro Baroja, que la describe como “una danza de druidas, inverosímil y bárbaramente viril”, la interpreta como un protocolo para invocar la fecundidad de los campos. También se ha querido ver un rito de iniciación para los varones de la villa que, al subirse a los zancos, simbolizan el paso de la niñez a la juventud. Hay quien cree que estamos ante una tradición de herencia celta o vasca; y hay hasta quien, como Jesús Ramón Martínez, apuesta porque la danza no es originaria de Anguiano y alguien la trajo de fuera. Como explica Jesús María Martínez en su obra *La danza de los zancos, desde 1603 a 2003, en Anguiano. 400 años de documentos*, lo único seguro es que ninguna de estas posibilidades está documentada y, por tanto, es prácticamente imposible que lleguemos a conocer su verdadero origen. El propio Martínez confiesa que “tiene toda la apariencia de ser una danza precristiana, por la rudeza y la virilidad que desprende”.

Durante la procesión, los danzadores caminan de espaldas, sin perder de vista en ningún momento a la Santa.



Estamos ante una tradición con más de cuatro siglos de historia cuyos símbolos han permanecido inalterables con el paso del tiempo, aunque, sobre todo en los últimos años, ha vivido una cierta evolución.

Si décadas atrás los danzadores se subían a los zancos por devoción a Santa María Magdalena, en la actualidad, esta decisión responde a la llamada de la tradición. En Anguiano, raro es quien no tiene un hermano, un tío o un primo danzador. Los chavales se familiarizan pronto con la danza y apenas dan sus primeros pasos, con tres o cuatro años, empiezan a practicar con los zancos. Y si hasta hace muy poco el aprendizaje era básicamente autodidacta y



La campana de aire formada bajo el vuelo de la falda estabiliza al danzador en su descenso.

convertirse en danzador “la valentía, la habilidad y ciertas condiciones físicas; no podría hacerlo una persona que se maree con facilidad”. Aunque hay quien se ha iniciado en esta tradición a los 14 años y se conocen casos de danzadores que han continuado hasta cerca de los 40 años, la carrera de danzador normalmente se extiende de los 16 a los 27. A pesar de la despoblación que sufre Anguiano, la cantera de danzadores está, hoy por hoy, garantizada. Actualmente, cerca de 30 chavales aprenden el arte de los

pasaba por agenciarse unos zancos y probarlos con los amigos en las eras cercanas, la situación cambió a principios del siglo XXI, cuando se creó la Asociación de la Danza para “velar por el mantenimiento y la conservación” de esta tradición. La principal iniciativa impulsada por esta entidad la encontramos en la fundación de la Escuela de la Danza. Santiago Hernández, miembro de la junta directiva de la Asociación, explica que “ahora hay pocos chavales en el pueblo y muchos viven fuera y vienen los fines de semana”. En la Escuela se les forma “desde cero. Les enseñamos a tocar las castañuelas, les ponemos los zancos y dan vueltas. Lo más difícil son los troqueaos”. Sin embargo, el descenso de la cuesta en julio no se puede ensayar y se realiza de año en año. Hernández admite que, en ese momento, “no hay técnica que valga, hay que ponerse los zancos y valer para tirarse”. El alcalde Anguiano, Ángel Romero, considera que “ahora se danza con más técnica” y enumera como requisitos para

zancos y ocho están preparados ya para danzar.

Los danzadores siempre han asumido con desapego y naturalidad su condición de protagonistas de la villa. Pero sería injusto no considerarlos como auténticos héroes, no ya por su valor con los zancos, sino por su labor fundamental por mantener viva una tradición que ha situado a Anguiano en el mapa del mundo.

---

El origen de esta danza es incierto. El primer documento que atestigua su existencia está fechado el 30 de mayo de 1603 y ya se refiere a este rito como una tradición que se debe celebrar con “danzas, comedias y lo demás que sea”.

---